

NOTE

F. LÓPEZ ESTRADA

LA NOVELA BIZANTINA DE LA EDAD DE ORO

Este es el mismo título del libro de Javier González Rovira que acaba de aparecer¹; se trata de un estudio del género en España y representa una aportación que estimo fundamental en un doble sentido: lo es para los que estamos enterados del asunto, pues nos ofrece de manera organizada y sistemática un amplio material que hasta ahora hemos tenido que recoger de muy diversas fuentes y a costa de esfuerzos; y lo es también para los que no conozcan este importante filón de nuestra literatura de los Siglos de Oro y que se prolonga a través del siglo XVIII.

Desde hace tiempo me doy cuenta de que en nuestros estudios literarios hay que contar con la aplicación del concepto de género para el establecimiento de muchos juicios críticos. Este concepto pertenece a la teoría literaria y es aplicable cuando tratamos de estudiar una obra determinada. Cuando el autor se dispuso a escribir la obra, tuvo, de una manera más o menos ligera o profundamente consciente, una noción de género, dentro de la cual comienza a situar los materiales iniciales de la creación. Todo esto pertenece a la formación de escritor, al conocimiento que haya tenido de otras obras de algún modo semejantes a la que trata de escribir, al conocimiento que haya recogido de una teoría literaria, establecida de una manera consciente o constituida por una varia experiencia de lecturas. Disponer de libros como el de J. González Rovira, que presentan el conjunto de un género, es un medio para asegurar la crítica inicial de una obra y valorar así con más firmeza el planteamiento de su personalidad, analizando los recursos de que se ha valido.

Y el caso del género de la novela bizantina resulta extremadamente ejemplar por varios motivos que, en más o en menos, aparecen planteados en el curso de la literatura europea. Pasando por encima de los ecos y resonancias del género en la literatura medieval, hay un origen básico, propiamente novelesco en sí mismo, como fue el hallazgo de un manuscrito griego de la obra en el saco de la librería del Rey Matías de Hungría en Budapest y publicado en Basilea 1534, con el título de: Heliodori, *Historiae Aethiopiae*. La obra fue primero primicia de la erudición y luego fue volcada sobre Europa en traducciones al francés, latín, alemán, italiano, inglés y también, como es de suponer, en nuestra lengua española desde 1554. Esta obra fundamentalmente, y en menor grado la de Aquiles Tacio (también conocida en la Edad Media y vertida al latín incompleta

¹Javier GONZÁLEZ ROVIRA, *La novela bizantina de la Edad de Oro*, Madrid, Gredos, 1996, Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 394, págs 424.

en 1544), constituyeron una magna lección (válida como *autoridad*) para organizar un orden de narración de ficción en prosa que dio lugar al género que estudia J. González Rovira para el ámbito español.

Las obras que siguieron a las de Heliodoro y Tacio tienen unos rasgos comunes que llegaron a constituir en su conjunto una clase de libros que los autores escribían dentro de una teoría literaria que les era propia. La primera parte de este libro está constituida por el estudio de estas características genéricas: obra extensa, escrita en prosa, con un argumento de ficción fuera de lo común, pero relativamente verosímil, en torno de un argumento de amores castos pero apurados, comenzado por la mitad del mismo y descubriendo luego las otras partes en un hábil desarrollo que mantiene al lector anhelante (efecto de la *suspensión*) a lo largo de un viaje de la pareja protagonista, continuamente zarandeada por aventuras. Este cuadro genérico procede sobre todo de la obra de Heliodoro y del prestigio que logró entre los humanistas que, como Erasmo, buscaban unas *bonae litterae* de condición elevada, para oponer a los libros de caballerías en triunfo en la época en que la obra griega se expande por las literaturas europeas. Para los críticos de la época, se trataba de un “poema”, pero escrito en prosa; era una obra amplia, un libro en la terminología de la época, como los libros de caballerías, no breve como la *novella* a la manera italiana; y escrita con un criterio artístico. Esta clase de libros fue a parar al gran torrente que recoge el término *novela*, usado con esta perspectiva moderna a la que se acoge el autor de este libro.

La segunda parte del libro comentado trata del desarrollo de estas obras en nuestra lengua. Esta parte cae dentro de la historia literaria, de la que es un capítulo del que estábamos faltos en cuanto a la extensión y pormenor bibliográfico que aquí muestra el autor sobre el asunto. Dos espacios históricos se sitúan bajo un signo estético; uno corresponde al Renacimiento (Reinoso y Contreras), y el otro, al Barroco, en donde están las grandes obras del género: Lope de Vega, Cervantes, *Los amantes peregrinos*, Quintana, Enríquez de Zúñiga y Suárez de Mendoza. Después sigue el estudio de la desintegración de la relativa cohesión que hasta entonces habían mantenido estos libros. Destaca en este grupo final por su alta calidad literaria el *Criticón* de Gracián, que contrasta con la medianía de los otros. El espléndido *Criticón*, que yo situé después del *Quijote*, ha presentado dificultades cuando se ha tratado de situar en un género determinado. Pero de lo que no cabe duda es que las propuestas de novela filosófica o picaresca pura o epopeya menipea o cualquier otra que se formule ha de contar con la experiencia literaria que suponen estos otros libros de orden bizantino que estudia J. González Rovira, dentro de la alegorización constante de los elementos narrativos que logra esta espléndida creación de Gracián.

La lección de Heliodoro fue, pues, bien aprovechada por nuestros escritores. Y es que ellos supieron que el lector gustaba de los resortes allí usados, que podían dar mucho de sí en su aplicación a la organización de la obra literaria. Y esto porque el lector – de entonces y de ahora, siempre – busca lo que le es ajeno y diferente de lo que lo rodea, gusta ir de viaje con la imaginación, objeto de un entretenimiento pasajero; esta es la clave de la literatura de evasión, siempre propicia a ser bien recibida. Hay que contar con que el público español estaba transido por la empresa de la población de América, que requería un viaje y la adaptación a un mundo nuevo; y el libro de Heliodoro le proponía la aventura imaginaria por un oriente prestigiado, y los otros, por partes diferentes. ¿No es la *Utopía* de Moro un viaje del que se vuelve contando maravillas, esta vez en el plano social? Y en el caso de los libros bizantinos de España, esta literatura venía amparada por un prestigio humanístico que la hacía tolerable desde el punto de vista moral y más aún, si se refería a unos amores en los que la castidad era el signo dominante, culminada en el matrimonio de los que, por las peripecias pasadas, merecían el

título de héroes, aunque lo que les ocurriese fuese del dominio privado. De ahí que la estela de Heliodoro, después de su buena recepción por los humanistas, prosiguiese por el periodo barroco sobrepasando las diferencias de época por su adaptabilidad a las apetencias de los lectores.

La importancia del libro que comento es que la teoría literaria y la historia del género que agrupa estas obras tienen ahora una historia propia; y la labor de los críticos que se dedican a su estudio (A. Cruz Casado, E.I. Deffis de Calvo, C. Rose, M. A. Teijeiro, S. Zimic y los muchos que en poco o en mucho nos hemos acercado al género) está recogida en forma ordenada y coherente para su continuación y progreso en el estudio del mismo. Sólo echo a faltar un índice de autores y de materias más pormenorizado que el general, para así dar con lo que se busca en casos concretos. La obra, que comenzó siendo tesis doctoral, sobrepasó esta presentación académica en favor de una exposición de orden pedagógico, que está bien lograda. Creo que el de J. González Rovira es un libro que cumple un cometido que conviene con los estudios de la literatura española de los Siglos de Oro.